“Dar con su voz”: discusiones en torno a El idioma de los argentinos, de Jorge Luis Borges¹

“Dentro de la comunidad del idioma (es decir, dentro de lo entendible: límite que está pared por medio del infinito y del que no podemos quejarnos honestamente) el deber de cada uno es dar con su voz.”

Jorge Luis Borges

Cuando hablamos de política lingüística, nos referimos generalmente a decisiones gubernamentales sobre el ordenamiento lingüístico y la pedagogía de lenguas. Declarar oficiales una o varias lenguas en un país, establecer cuáles se enseñan en la escuela, crear un organismo terminológico, imponer una reforma ortográfica, acordar lenguas de trabajo en organismos internacionales y otras medidas político-lingüísticas son decisiones que, por lo común, solo pueden tomar los gobiernos².

Por eso, el sintagma rara vez se refiere a la acción sobre una lengua o sobre las lenguas que ejercen otros grupos: por ejemplo, las minorías inmigrantes que deciden defender y enseñar sus lenguas; el acuerdo sobre una norma común en la oralidad, como lo decidieron algunas radioemisoras de la capital boliviana respecto del aymara³ antes que este y el quechua fueran declarados cooficiales; o imponer una terminología bancaria, como lo hizo en su momento el Banco Central de la República Argentina⁴. Estos casos demuestran, sin embargo, que la acción de colectivos no gubernamentales puede tener repercusión pública sobre las lenguas, especialmente en aquellos países en que no existe una política lingüística oficial clara. Hay, incluso, individuos cuyos hábitos lingüísticos y cuyas ideas sobre el lenguaje tienen incidencia en amplios sectores de la población, como ocurre en el caso de ciertos periodistas, políticos y escritores, cuya voz, multiplicada por la difusión de sus escritos o por los medios masivos de comunicación, puede influir en el uso lingüístico. Por eso, en 1983⁵ se propuso como término más abarcador el de *glotopolítica* para designar todas las acciones sobre la lengua o las lenguas, provengan, o no, de gobiernos. Asimismo, el término, al neutralizar —a causa de su prefijo griego— la división entre lengua y habla, permite incluir la acción sobre las prácticas discursivas (por ejemplo, la reglamentación sobre los géneros y tipos discursivos a enseñar en la escuela). Por último, “glotopolítica” puede designar también la interdisciplina que estudia todo este campo de actividad⁶.

¹ Publicado en *Tram(p)as* n° 26: 8-19. UNLP: Facultad de Periodismo y Comunicación Social, junio de 2004.

² Una discusión actual acerca de los actores de la política lingüística se puede leer en Kremnitz, Georg. “Über die Teilhaber an sprachpolitischen Prozessen und ihre Rollen. Eine Annäherung und viele offene Fragen”, en Peter Cichon y Barbara Czernilofsky: *Mehrsprachigkeit als gesellschaftliche Herausforderung*. Edition Praesens, Viena, 2001.

³ Cf. conferencia de Paul L. Garvin "La langue standard - concepts et processus", pronunciada en el II Congreso Internacional de la Lengua Catalana, Barcelona, 1986.

⁴ Lo comenta Amado Alonso en *La Argentina y la nivelación del idioma*, Buenos Aires, Institución Cultural Española, 1943: “Los economistas de los otros países han visto, junto al decoro general del castellano empleado, el tino de los términos elegidos, la buena mano para la acuñación de las nuevas fórmulas, la ventaja de su uso sistemático, de las precisas significaciones y de las diferencias establecidas, y de la posibilidad de expresar con lenguaje tan bien funcionante los nuevos pensamientos que vayan apareciendo. Y el resultado es que hoy toda Hispanoamérica ha adoptado la nomenclatura y las fórmulas del Banco Central argentino.”

⁵ Cf. L. Guespin y J.-B. Marcellesi: “Pour la Glotopolitique”, en *Langages* 83, setiembre de 1986.

⁶ Cf. Elvira Arnoux, “La Glotopolítica: transformaciones de un campo disciplinario”, en *Lenguajes: teorías y prácticas*, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Instituto Superior del Profesorado, 2000.

Jorge Luis Borges es sin duda uno de los escritores cuyas ideas lingüísticas ejercieron una influencia significativa tanto en la Argentina como en otros países hispanohablantes⁷. Que esta influencia siga viva en la actualidad también se debe, desde luego, a la genealogía construida en la Argentina con relación a la lengua literaria moderna, en la que Borges ocupa para muchos el lugar de padre fundador. Además, el caso de Borges nos parece especialmente interesante porque constituye no solo un ejemplo paradigmático del influjo que sobre el colectivo puede ejercer un individuo en el terreno lingüístico, sino también porque en sus propios cambios de posición respecto de la lengua se exponen las variadas representaciones acerca de la relación entre lengua y nación, que constituye uno de los objetos de estudio de la glotopolítica.

Para ilustrarlo analizaremos aquí dos posiciones explícitas de Borges acerca del idioma nacional: el coloquialismo culto de “El idioma de los argentinos” (1927) y el nuevo antihispanismo de “Las alarmas del Dr. Américo Castro” (1941). Si bien no son, por cierto, los únicos momentos en los que Borges se refiere a la lengua⁸, su contraste muestra con particular nitidez cómo el discurso construye dos enunciadores distintos, cuyas voces despliegan, en un caso, un tono reflexivo, contemporizador, con matices emotivos y, en el otro, el vigor de la polémica, la descalificación panfletaria, los cortes netos. En el primero, argumenta a partir de la seguridad que le otorga el dominio de la variedad oral prestigiosa y de una escritura que puede desde ella fluir cómodamente. Y, en el segundo, responde enérgicamente como un guerrero de la lengua, que recupera la memoria de la Independencia, al español que ataca la lengua nacional, y se ubica en el lugar de portavoz de la patria ofendida. Uno y otro gesto muestran que hablar de la lengua propia es hablar de identidades, nacionales, familiares, personales, buscando las siempre provisionarias estabilizaciones, no ausentes de conflictividad.

1. La integración lingüística

El monolingüismo mayoritario de la Argentina actual es resultado no solo del desarrollo de un núcleo hispánico inicial instalado a partir del siglo XVI, sino también de la castellanización progresiva de los aborígenes –llevada a cabo a medida que se ampliaba la frontera agrícola– y de la integración relativamente rápida de los inmigrantes europeos. La comunidad de lengua constituyó uno de los pilares de la nación surgida de las Guerras de la Independencia y del Estado organizado a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

Sabemos que la comunidad de lengua no solo es necesaria para las tareas que la sociedad industrial requiere, sino que también permite integrar “fraternalmente” a los hijos de inmigrantes nacionalizándolos a partir de una lengua que se vuelve “materna” para ellos. En esta tarea de construir la nación en nuevas poblaciones de orígenes variados, los grupos dirigentes, desde el aparato del Estado o desde distintas instancias de la vida nacional, pusieron en marcha medidas de diverso alcance y discutieron apasionadamente acerca de la lengua. En las polémicas fueron participando otros sectores que se incorporaban a la actividad política, cultural o académica. La profesionalización de la práctica literaria⁹ llevó a que desde el Centenario (1910) de la Revolución de Mayo hasta la crisis del treinta fueran los escritores quienes encabezaran las discusiones en torno a la lengua nacional, tiéndolas ya de un nacionalismo excluyente, como el de Leopoldo Lugones, ya de uno integrador, como el de Ricardo Rojas. Luego, a partir del gesto de este último de crear en 1923 el Instituto de Filología

⁷ Ver lo que señala al respecto Carlos Fuentes en Rafael Olea Franco (ed.) : *Borges: desesperaciones aparentes y consuelos secretos*. México: El Colegio de México, 1999.

⁸ “En “Posiciones de Jorge Luis Borges acerca del idioma nacional” (AAVV, *Borges*, Homenaje de la Biblioteca del Congreso de la Nación, 1997) nos referimos a cuatro momentos entre los cuales incluimos los dos que aquí reseñamos.

⁹Cf. Altamirano, C. y B. Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: CEAL, 1983.

en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, los universitarios fueron tomando progresivamente un papel destacado en las polémicas y comenzaron a influir en las propuestas pedagógicas¹⁰. Recordemos que el impulso inicial para la creación del Instituto de Filología fue resultado de un acuerdo con Ramón Menéndez Pidal, el cual, en su carácter de director honorario del Instituto, enviaría discípulos suyos para asumir la orientación y organización de las actividades. Pero el origen español de quienes más entusiasta y fundamentadamente intervenían en estas discusiones despertó las resistencias que Ricardo Rojas había querido evitar. En este sentido, al reconocer en el discurso inaugural que las cuestiones del idioma “despiertan pasiones de vanidad individual y de recelo patriótico”, justificó el hecho de haber ido a buscar fuera de la Argentina un director para el Instituto señalando que “mi nacionalismo no hostiliza lo extranjero, sino que lo asimila [...]. No excluye lo español, puesto que lo considera fuente de la argentinidad. [...] No venera la incultura nativa, sino que tiende a superarla por un ideal de civilización”. Y propuso como objetivo de la acción de los filólogos: “[...] conservar ese delicado organismo del romance castellano evitando los dos riesgos de la plebea corrupción y de la cristalización académica”¹¹.

Cuando en 1927 Jorge Luis Borges pronuncia su conferencia sobre “El idioma de los argentinos”¹² intenta cerrar, desde una perspectiva similar, ese ciclo de polémicas que habían acompañado la Organización Nacional y se habían acentuado en las décadas de la inmigración masiva. Esas polémicas adoptaron dos formas polares a las que se designó como “criollismo” y “casticismo”. En torno a la primera se nuclearon las reflexiones acerca de las variedades populares –correspondientes tanto a las masas rurales que se acercaban a los grandes núcleos urbanos, particularmente a Buenos Aires, como a las nuevas prácticas lingüísticas del pueblo de las ciudades– y se extendieron incluso a las formas de apropiación del español realizada por los inmigrantes donde aquellas variedades aparecían como modelo a alcanzar en el complejo entramado de un discurso híbrido. La segunda expresaba la preocupación por lo que se consideraba el “barbarismo” imperante en materia lingüística, que Ricardo Monner Sans definía en su “Introducción” a las *Notas al castellano en la Argentina*¹³ como “el vicio que consiste no solo en escribir o pronunciar mal las palabras, sino en dar a las castellanas un significado que no tienen, o emplear vocablos de otros idiomas remplazando con ellos los genuinamente españoles”, cuyo incremento cuantitativo atribuía a cuatro causas: la inmigración, la incesante lectura de obras francesas, los malos traductores y “una mal entendida independencia de la autoridad académica”. Esta corriente, al tratar de establecer una norma que sirviera para la evaluación de las producciones escritas y orientara la actividad docente en el medio escolar, se inclinaba por el purismo hispánico y dio lugar más adelante, en 1931, a la creación de la Academia Argentina de Letras. El ideal escolar de lengua que intentaron imponer fue generador de inseguridad lingüística en los hijos de inmigrantes, que la contrastaban con la norma socialmente dominante, la variedad rioplatense culta, que reconocían fuera de la escuela pero que no adquirirían en la familia.

La búsqueda de una identidad lingüística para un Estado moderno que había ampliado el sistema educativo, puesto en marcha el servicio militar obligatorio y laicizado las prácticas

¹⁰Desde los años treinta, los textos de Amado Alonso, la *Gramática* de este y Henríquez Ureña, su participación en la elaboración de los planes de estudio de la lengua en la enseñanza media y su crítica a la puesta en marcha de esos planes, así como el libro de Américo Castro al que aludiremos más adelante, parecen indicar la voluntad activa de que la Universidad influyera con criterios científicos tanto en el aparato escolar como en la discusión en torno a la norma aceptada y aceptable.

¹¹Cf. Instituto de Filología (Discursos pronunciados por el decano don Ricardo Rojas y por el profesor don Américo Castro en el acto inaugural, realizado el día 6 de junio de 1923), Buenos Aires, talleres gráficos Araujo hermanos, 1923, pp. 13-23.

¹²Reproducida en Jorge Luis Borges y José Edmundo Clemente: *El lenguaje de Buenos Aires*. Buenos Aires - Barcelona: Emecé, 1968.

¹³Monner Sans, Ricardo (1944). *Notas al castellano en la Argentina*. Buenos Aires: Estrada.

ciudadanas se planteó críticamente, entonces, en la etapa en que debió nacionalizar a las oleadas de inmigrantes europeos que llegaban al país. La homogeneización lingüística se logró gracias a estrategias que, si bien no estaban todas concertadas conscientemente, resultaron efectivas. Primeramente debemos señalar el desarrollo de la escolarización primaria, que logró difundir la norma escrita e hizo posible ampliar el campo de los lectores, lo cual a su vez permitió una fuerte expansión de la prensa gráfica y del negocio editorial. De estos fenómenos dan cuenta datos estadísticos como los que indican para 1895, año del Segundo Censo Nacional, la concurrencia a instituciones educativas del 31% de la población escolar estimada; para 1910, basándose en el Censo General de Educación, un índice de analfabetismo de solo el 4% de los niños menores de trece años que vivían en Buenos Aires; e, incluso, ya para fines de la década del ochenta, la existencia de 410 publicaciones periódicas con un número de ejemplares que permitía alcanzar un promedio de uno cada diez habitantes.¹⁴ Además de estos hechos hay que destacar la representación literaria de las distintas variedades que permitió a sus hablantes el doble juego de reconocimiento y distancia que sirvió de apoyo a la estandarización lingüística. Tanto la literatura gauchesca, cuya expresión máxima fue el *Martín Fierro* –no solo tuvo un notable éxito editorial con sus 48000 ejemplares vendidos en los seis años que siguieron a su primera publicación de 1872, sino que dio lugar a numerosas lecturas públicas dirigidas a los no alfabetizados–, como los relatos criollistas que aparecieron en forma de folletín y luego de libro y sirvieron de argumento a variadas representaciones teatrales, hicieron posible la identificación de sectores populares de origen rural al mismo tiempo que generaban el efecto de extrañamiento y de distancia que facilitaba, por contraste, la adscripción a una variedad estándar: se reconocían en los gauchos literarios pero dejaban de hablar como gauchos. Lo mismo ocurrió, para otros sectores, con el lenguaje de los personajes que en el teatro popular objetivaban caricaturizando el habla de los primeros inmigrantes –ese híbrido que se designó “cocoliche”– y también para las masas urbanas con las formas populares que poblaron las letras de tango.

2. La voz propia, la voz de la nación

Ya a mediados de la década del veinte gran parte de la tarea de imponer el monolingüismo español se había logrado y el proceso de estandarización estaba en marcha. Borges dirá simplificada en su conferencia de 1927: “No hay un dialecto general de nuestras clases pobres” y solo cita las precarias formas léxicas de un arrabalero derivado del lunfardo. Por lo tanto, puede clausurar discursivamente esa etapa negando los términos de la polémica a la que nos hemos referido, mostrándolos como resultados de construcciones literarias:

“Dos conductas de idioma veo en los escritores de aquí: una, la de los saineteros, que escriben un lenguaje que ninguno habla y que si a veces gusta, es precisamente por su aire exagerativo y caricatural, por lo forastero que suena; otra, la de los cultos, que mueren de la muerte prestada del español. Ambos divergen del idioma corriente: los unos remedan la dicción de la fechoría; los otros, la del memorioso y problemático español de los diccionarios”.

La conferencia construye progresivamente y desde perspectivas distintas el objeto discursivo que desea exponer e imponer, el *idioma argentino*, y, notablemente, lo introduce diciendo “el idioma argentino es mi sujeto”. En este último sintagma no esperado aflora lo que orienta el desarrollo – el vínculo entre identidad lingüística y subjetividad– y explica los tonos emotivos de muchos tramos. Las dificultades de su aprehensión y la conciencia de que en gran medida es un objeto de lenguaje se muestran en las posibles objeciones que Borges presenta como atributos de aquel

¹⁴ Cf. Prieto, Adolfo, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Sudamericana, 1988.

objeto: “mera travesura sintáctica”, “forzada aproximación de dos voces sin correspondencia objetiva”, “embeleco de que ninguna realidad es sostén”, “mera casualidad verbal, que después de un tiempo se confirma”. Y debido a su reconocida inestabilidad, lo pone en relación con otros objetos cuyos anclajes significantes son las palabras *infinito* y *linda*, este último término –del que luego dirá que “se juega entero para elogiar”– como calificativo de la mujer amada. La lengua propia es asociada, entonces, con los despliegues más elevados del intelecto y con el amor.

Adopta luego una distancia crítica. Opone el *idioma argentino* a las formas que rechaza y, en primer lugar, a aquellas que designa con una cadena de reformulaciones que apelan insistentemente al campo moral: “*arrabalero*”, “*lunfardo*”, “*jerigonza ocultadiza de los ladrones*”, “*lengua técnica especializada en la infamia*”, “*cosa sin alma y fortuita*”, “*jerga*”, “*sedicente idioma popular*”, “*dialecto chúcaro y receloso*”, “*jerga aclimatada en la infamia*”, “*jerigonza carcelaria y conventillera*”. La otra forma a la que se opone es el *casticismo*, con el que inicia una serie de variadas asociaciones en las que responde a los lugares comunes académicos con dominantes notas funerarias: “el diccionario, la sedicente riqueza del castellano (nombre eufemístico de su muerte)”, “voces que están en ninguna boca”, “conjunto acumulativo”, “espectáculo necrológico deliberado”, “seudo palabras”, “sermón hispánico”, “máximo desfile verbal de fantasmas o de ausentes o de difuntos”, “el fraude”, “la sueñera mental”, “la concepción acústica del estilo”, “retahíla de equivalencias”, “acopio inútil”, “memorioso y problemático español de los diccionarios”. Ambos modos de lenguaje rechazados, el de “los saineteros, que escriben un lenguaje que ninguno habla” y el de “los cultos, que mueren de la muerte prestada del español”, se oponen al “*no escrito idioma argentino*”, otra formulación de la lengua propia, objeto discursivo que modela, como hemos visto, gracias a atributos, relaciones de semejanza o de oposición con otros objetos. El “no escrito” (porque “decir bien en argentino es cosa en desuso”, tanto en los intercambios orales –donde hay que “dar con su voz”– como en la escritura) se hila con el confiado gesto inaugural del texto (“vivimos una hora de promisión”, “el porvenir tira de nuestros corazones”) y con su dimensión programática sintetizada en la final consigna “Escriba cada uno su intimidad”.

Frente a aquellas meras “copias” deformantes de la identidad lingüística, que remiten a la delincuencia o al diccionario, Borges reivindicará el que, a pesar de todo, “sigue diciéndonos”, empleando un sintagma que enfatiza el lugar de la lengua en la construcción de identidades o, en otros términos, la interpelación del sujeto por la lengua. Lo vinculará con la oralidad familiar: “el de nuestra pasión, el de nuestra casa, el de la confianza, el de la conversada amistad”. Se inscribe así en la tradición de nuestras clases dirigentes, para las cuales *su* variedad –familiar y que circula entre sus pares– es *la* lengua nacional, y la escritura legítima, aquella que la representa (“escribieron el dialecto usual de sus días”). Las filiaciones se deslizan de lo familiar a lo nacional: “Mejor lo hicieron nuestros mayores. El tono de su escritura fue el de su voz, su boca no fue la contradicción de su mano. Fueron argentinos con dignidad...”. Afloran los valores –culto a la amistad, apego a los vínculos familiares, dignidad nacional, acuerdo entre palabra y acto– que conforman la recurrente y tradicional representación del argentino. La lista de los antecedentes reconocidos, donde conjuga los rasgos que permitirán ser al *idioma argentino* –patriotismo y naturalidad– se inicia con de la generación de 1837, que buscó de diversas maneras, en la etapa fundacional (en la que ser argentino era “una misión”), marcar la nación en la lengua: Esteban Echeverría, Domingo Faustino Sarmiento y Vicente Fidel López, entre otros. Y se continúa con la del ochenta, que dio escritura a la conversación entre amigos: Lucio V. Mansilla y Eduardo Wilde.

Esta genealogía reivindicada, que ancla el objeto *idioma argentino* en la historia patria, se enfrenta a la literatura española, cuya evaluación es globalmente negativa: salvo los casos de genialidad –y las referencias se reducen a Miguel de Cervantes y Francisco de Quevedo, “que valen por literaturas enteras”–, el resto, nos dice, “sirvió a las descansadas artes del plagio”. En Miguel de Unamuno avanza un elogio al observar que es el “único sentidor español de la metafísica y por eso y por otras inteligencias, gran escritor”. Pero, posiblemente, esto se deba a

que reconoce sus propias argumentaciones en este intelectual vasco, admirador de la literatura gauchesca y que oponía el ortodoxismo gramatical al heterodoxismo propio de toda lengua viva. En este sentido, Unamuno se había definido en contra del purismo en un artículo periodístico de 1899¹⁵: “Hay que levantar voz y bandera contra el purismo casticista, que apareciendo cual simple empeño de conservar la castidad de la lengua castellana, es en realidad solapado instrumento de todo género de estancamiento espiritual, y lo que es aún peor, de reacción entera y verdadera”. Y en una carta a Adolfo Casabal aconsejaba también sensatamente en materia lingüística “ver que todo afán de diferenciación a todo trance, todo empeño por negar al prójimo para afirmarse, es infecundo y dañino”. Sus resonancias las podemos encontrar fácilmente en el texto borgiano, que, luego de detenerse en las connotaciones de algunas palabras distintas para españoles y para americanos, señala que “La sola diferenciación es norma engañosa [...]. La preferencia sistemática y ciega de las locuciones nativas no dejaría de ser un pedantismo de nueva clase: una diferente equivocación y un otro mal gusto”. Como vemos, la reformulación impone otro límite a la “distinción”; esta debe ser orientada por el buen gusto, valor reconocido de clase, que sabrá seleccionar el matiz exacto de lo diferente.

En la caracterización de nuestra lengua y de sus diferencias del español peninsular, Borges se afirma en la búsqueda de una “entonación argentina del castellano” y sus formulaciones se entrelazan de nuevo con las de la generación del 37. Aunque sin la violencia independentista que hacía hablar a esos primeros intelectuales de la “revolución americana de la lengua española” y proponer una ortografía propia, Borges retoma lo que Juan Bautista Alberdi había sintetizado, cuando decía, en un artículo de 1838, que “Desde el instante en que los españoles pisaron las playas de América, nuestro suelo les puso acentos nuevos en sus bocas y sensaciones nuevas en su alma”. Así propondrá, conjugando identitariamente lengua y territorio, “un español dócil y venturoso, que se lleve bien con la apasionada condición de nuestros ponientes y con la infinitud y dulzura de nuestros barrios y con el poderío de nuestros veranos y nuestras lluvias y con nuestra pública fe”. Y al preguntarse en su conferencia “¿Qué zanja insuperable hay entre el español de los españoles y el de nuestra conversación argentina?”, responderá que “ninguna, venturosamente para la entendibilidad general de nuestro decir. Un matiz de diferenciación sí lo hay: matiz que es lo bastante discreto para no entorpecer la circulación total del idioma y lo bastante nítido para que en él oigamos la patria”. Como lo hemos señalado antes, sentimiento patriótico e identidad lingüística se conforman elegante, natural y discretamente en el espacio de los afectos familiares, de la intimidad, de la amistad compartida, donde las emociones pueden desplegarse confiadamente, “sin astucias filológicas”, en el verso y el humor. Como opuesto a este mundo de la conversación cotidiana, en el que la nación se muestra “en el ambiente distinto de nuestra voz, en la valoración irónica o cariñosa que damos a determinadas palabras”, Borges ubica el ámbito público con sus géneros privilegiados, la prosa argumentativa o didáctica, donde ese matiz de diferenciación no se percibe, como tampoco se perciben las limitaciones que la escritura impone a la literatura, ya que es “solo palabras –y esas acostadas en un papel”. La educación y la política se muestran, así, separadas de las emociones patrióticas y fijadas en la escritura estándar de la comunicación con “los otros”.

El *idioma argentino* se ha construido como objeto a lo largo del texto, a través de reformulaciones, especificaciones, oposiciones, asociaciones, y se han indicado, asimismo, las condiciones que debe cumplir para ser. “Dar con su voz” sintetiza el mandato (el “deber de cada uno”) y designa a los destinatarios: es una búsqueda de la identidad lingüística orientada por la naturalidad y el patriotismo o, más específicamente, por el patriotismo natural de aquellos que se reconocen en la genealogía expuesta. El modelo propuesto de la conversación entre iguales guiará una escritura donde se pueda escuchar la “plena entonación argentina del castellano”.

¹⁵“Contra el purismo”, *El Sol*, Buenos Aires, 24 de octubre de 1899.

3. La otra discusión

En su reflexión acerca del “idioma de los argentinos” Borges se apoya en la norma culta, oral, cercana a la norma literaria y cuya diferencia con el español peninsular es limitada: se reduce a algunos aspectos del léxico, la pronunciación, las connotaciones de algunos términos o la presencia del voseo. Pero no atiende en el análisis a las transformaciones en la composición de una población mayoritariamente urbana, para la cual la variedad “de la casa” o “de la conversada amistad” está alejada de la norma culta oral y de las formas escritas escolares. Este desconocimiento es uno de los componentes de la estrategia de principios del siglo XX de nuestras clases dirigentes para lograr que la homogeneización lingüística de la población como requisito para la construcción del Estado-nación moderno se viera acompañada de la diversidad que implicaba situar a cada uno en la posición social que, conforme a la ideología dominante, le correspondía, mediante el dominio diferenciado de la lengua nacional.

La conferencia de Borges, por las exclusiones que opera, abre un nuevo espacio de polémica, esta vez sobre la norma culta rioplatense, su alcance social, su distancia respecto de las variedades populares y su difusión a través de los medios y el sistema educativo. En ella intervendrán algunos sectores del viejo purismo académico, pero sobre todo los nuevos estudiosos del lenguaje a los que nos hemos referido antes, que mostrarán la heterogeneidad de voces que pueblan el territorio, fragmentando de esta manera la representación de una comunidad lingüística homogénea y el objeto amorosamente construido: “el *idioma de los argentinos*”.

En 1935, Amado Alonso –director del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires desde 1927– le dedica a Borges, “compañero en estas preocupaciones”, su *Problema argentino de la lengua*¹⁶. Distingue Alonso el hablar de “la minoría culta porteña”, ese “castellano general con timbre propio”, en el que se basa “la legítima lengua literaria argentina”, del “hablar de la masa de cultura media”, es decir, “la mayoría de los profesionales, de los empleados, de los comerciantes y de sus familias y hasta de los profesores”, cuya “lengua oral no tiene suficiente calidad”. Considera que el escritor común, el “escritor-masa”, el “redactor ocasional” –categoría que expande diciendo: “no solo el poeta mediocre y el oscuro cuentista y el periodista anónimo, sino también el médico que publica su monografía y el abogado sus panfletos y el político sus manifiestos”– está desamparado, ya que encuentra que “su lengua oral es un instrumento estropeado, inadecuado para la expresión más responsable y más exigente de la actitud literaria” y, por otra parte, no ha recibido “una educación suficiente en su propia lengua escrita”¹⁷. Señala, de esta manera, la diferencia en los nuevos sectores que ingresan en la vida pública entre la variedad oral y la variedad escrita enseñada por la escuela, aspecto que, como vimos, Borges no había considerado en su conferencia de 1927.

Amado Alonso moderará algunas valoraciones negativas del castellano porteño medio unos años después –en 1940 publica en el suplemento literario del diario *La Nación* una serie de artículos al respecto¹⁸–, pero muchas de sus posiciones serán recogidas y exacerbadas por quien fuera el primer director del Instituto de Filología en 1923, Américo Castro, en su ensayo de 1941

¹⁶ Primer capítulo de Amado Alonso (1935). *El problema de la lengua en América*. Madrid: Espasa-Calpe.

¹⁷ Respecto de su propuesta para la enseñanza de la lengua, ver: Elvira N. de Arnoux, “Disciplinar desde la lengua. La *Gramática Castellana* de Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña”, *Homenaje a Ofelia Kovacci*, Buenos Aires, EUDEBA, 2001.

¹⁸ “La Argentina en la dirección inmediata del idioma”, “De cómo se cumplirá el influjo argentino en la lengua general” y “Las academias y la unificación del idioma” fueron publicados el 4, el 11 y el 18 de agosto de 1940, respectivamente, y constituyeron luego los tres primeros capítulos de *La Argentina y la nivelación del idioma*, Buenos Aires, Institución Cultural Española, 1943. Las causas de esta modificación las hemos analizado en “La variación de Amado Alonso de la variedad rioplatense del español”, Sevilla, *Cauce*, 1996.

*La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*¹⁹. Borges le contesta con el irónico y demoledor artículo “Las alarmas del doctor Américo Castro”²⁰.

Si en 1927 Borges muestra un tono en general mesurado, acorde con la exaltación del modelo de la conversación en la intimidad, distinto es el de su participación en la nueva polémica, donde la argumentación recurre a la descalificación violenta del adversario: de los dialectólogos en su conjunto, de Américo Castro en particular e, indirectamente, de Amado Alonso. A este respecto es interesante la analogía que establece, al comenzar su exposición, entre hablar del problema idiomático y hablar del problema judío –recordemos que en 1941, en plena Guerra Mundial, el nazismo está ejecutando la “solución final”–, y así como enunciar el segundo es autorizar la masacre, referirse al primero en esos términos es hacer posible cualquier ataque a la identidad lingüística y, por lo tanto, nacional, de un pueblo. Esta estrategia argumentativa inicial no solo le permite sesgadamente anular toda referencia explícita a Amado Alonso y desautorizar las opiniones de los españoles en el momento del triunfo del franquismo, sino también instaurar como espacio no dicho del razonamiento, pero marco y límite de sus opiniones, la relación entre lengua y nación. De allí que cierre también su artículo con una larga tirada del *Martín Fierro*, símbolo reconocido de la patria. Por su parte, los filólogos españoles, observadores atentos de las variedades sociolingüísticas, impulsan discusiones en los medios académicos, en los educativos y en la prensa, en las que se plantea tanto el complejo problema de la democratización de la enseñanza en lo referido a las prácticas lingüísticas como la relación entre el lenguaje y los procesos históricos.

Es una etapa donde crece notoriamente el proletariado urbano criollo, que no se reconoce política ni lingüísticamente en los sectores tradicionales ni en las expresiones de las masas inmigrantes, pero que, sin duda, ya hace sentir su presencia, por ahora soslayada –hasta el 17 de octubre de 1945, fecha de nacimiento del peronismo– en los análisis de políticos e intelectuales. Américo Castro, que percibe a su manera la importancia de los cambios sociales en curso, el “plebeyismo universal del momento presente”, retoma los demás motivos a los que, según él, atribuye Amado Alonso el “desbarajuste lingüístico en Buenos Aires”: la “ruptura de la tradición idiomática en toda Hispano-América”, la “tardía importancia de la Argentina como colonia” y el “colosal aumento de Buenos Aires merced al aluvión inmigratorio”, e intenta “coordinar funcionalmente los elementos de tan buena demostración”.

Sin embargo, su línea argumental pasa fundamentalmente por “la manera de ser del país”. De esta manera, la reflexión sobre el lenguaje le permite indagar en los diversos componentes de la identidad nacional construida a través de la historia argentina desde la colonia: el Imperio español, “proyectado siempre hacia lo trascendente, terreno o ultraterreno”, a diferencia de los calvinistas industriales de América del Norte, tomó de la vida “lo necesario para alimentar su transmundo”, por ejemplo, el oro, lo cual hizo que el Imperio no funcionara donde no hubiera grandes riquezas. La pobreza de la Argentina colonial impidió que se produjera aquí “la distinción entre lengua culta y lengua plebeya”, que “necesita basarse forzosamente en la noción de nivel dentro de las clases sociales, en un mínimo de jerarquía: nobleza, riqueza tradicional, ilustración profana y eclesiástica, etc.”

Así se explica, según un texto de Arturo Capdevila²¹ citado por Castro, que “las modas se demoraban mucho en llegar hasta aquí. Por eso llamamos media al calcetín, pollera a la falda, saco a la americana. El voseo –ese arcaísmo– es una antigualla parecida, que de puro pobres no supimos sustituir a tiempo...”. Explica luego Américo Castro la presencia de numerosos portuguesismos rústicos por el hecho de que la economía de Buenos Aires a principios del siglo XVII estuvo en manos de contrabandistas mayoritariamente portugueses. Pero básicamente

¹⁹ Américo Castro: *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*. Buenos Aires: Losada, 1941.

²⁰ Reproducido también en Borges y Clemente: *El lenguaje de Buenos Aires* (cf. nota 11).

²¹ Capdevila, Arturo, *Babel y el Castellano*. Buenos Aires: Losada, 1940.

atribuye el “relajamiento social” de la norma y la “impunidad” de las faltas cometidas al hecho de que desde el rechazo de la invasión inglesa de 1806 “todo lo que es decisivo en la vida argentina acontece gracias a la fuerza de los nada instruidos, fuerza caótica, elemental y auténtica”. La consiguiente desconfianza y rebeldía de los argentinos ante todo lo que es norma, ley, orden, incluso en el terreno lingüístico, llevaría a la rebelión contra el idioma de España, que se manifestaría en la “morbosa preocupación” por un idioma propio. La “gauchofilia”, la aceptación del lunfardo y el cocoliche los considera todos consecuencia de “la procura afanosa de singularismo, de originalidad forzada, [que son] un modo de complejo de inferioridad o de resentimiento”. En esas circunstancias, la masa inmigratoria no arruina el idioma mecánicamente ni por su solo peso numérico, sino porque el país no sabe encauzarla lingüísticamente. Américo Castro ilustra el castellano del momento con abundantes ejemplos de lo que considera arcaísmos, incorrecciones e inseguridades. “El porteño, lingüísticamente, oscila en general entre los polos de la audacia y del recelo. O lunfardiza, neologiza y cultiza sin escrúpulos, [...] o se justifica al emplear las expresiones más normales e inofensivas por creerlas localismos.”

Si bien la escuela habría realizado ingentes esfuerzos, desde Sarmiento, el error de la Argentina, añade Castro, “consistió en creer que los problemas del idioma era asunto primario y elemental, que debían tratarse horizontalmente o desde abajo, cuando la experiencia europea de un siglo [...] demostraba que tales cuestiones tenían antes que ser enfocadas desde muy arriba”²². Cuando observamos el rápido y notable proceso de castellanización, en el que intervinieron enérgicamente los aparatos estatales en su conjunto, resulta evidente que la apreciación de Américo Castro, aunque releve hechos sociolingüísticos significativos, no considera suficientemente esos logros ni atiende a la complejidad del fenómeno ni a las múltiples funciones sociales de la lengua. Borges, por su parte, esquiva lo central, la distancia entre la norma culta local, las otras variedades sociolingüísticas y la norma escolar, y arremete contra las valoraciones lingüísticas, interpretadas como gestos que afectan la dignidad nacional.

4. El estallido polémico

La mordaz y divertida respuesta de Borges a Américo Castro, en la que aquel se asume como portavoz de la sociedad en su conjunto frente a la crítica del español, se basa en que este ha tomado como demostración de la presunta degradación del idioma en Buenos Aires a escritores que usan el lunfardo, el cocoliche y otras jergas, sin percatarse de que lo hacen con afán caricaturesco. Borges no solo cuestiona los datos en los que se asienta el juicio sino que también suministra un ejemplo de copla en “el lenguaje del delincuente español” y la contrasta con una copla lunfarda afirmando su carácter de “límpida” frente a la “poderosa tiniebla” de la anterior. Asimismo, descalifica científicamente al que lo enuncia desplegando una analogía con el juicio de Plinio sobre *los dragones* y citando despectivamente –ya que alterando las normas académicas lo hace a medias– la obra del que designa, a la vez, como “doctor Castro”: “*La peculiaridad lingüística, etcétera*”.

Además, señala que es falso que el habla presente –a diferencia de lo que sucede en España– graves problemas en Buenos Aires: “He viajado por Cataluña, por Alicante, por Andalucía, por Castilla; he vivido un par de años en Valldemosa y uno en Madrid; tengo gratísimos recuerdos de esos lugares; jamás he observado que los españoles hablaran mejor que nosotros.” En ese sentido denuncia el leísmo de los españoles y su dificultad para pronunciar “Atlántico” o “Madrid”, y llega a la conclusión de que “El español es facilísimo. Sólo los españoles lo juzgan arduo”.

La palabra del enemigo de la patria es erosionada desde distintos lugares. Por un lado, por su condición de español: los españoles no hablan mejor que nosotros, “hablan en voz más

²² Ya se habían tomado medidas político-lingüísticas concretas, incluso se habían creado los Institutos del Profesorado en 1904, que incluían la formación de profesores de lenguas materna y extranjeras y preveían la enseñanza del español como lengua extranjera como modo de integrar al inmigrante.

alta, eso sí, con el aplomo de quienes ignoran la duda”. Por otro lado, por su condición de filólogo: Borges ironiza acerca de sus juicios científicos, que desvalorizan los modos lingüísticos populares expuestos en la literatura argentina, a las que Castro llama “jergas”, olvidando las variedades españolas: “Salvo el lunfardo (módico esbozo carcelario que *nadie sueña en parangonar con el exuberante caló* de los españoles), no hay jergas en este país”. Finalmente, se burla tanto del estilo de la escritura del autor Castro, que (a causa de algunas comparaciones) “conjuga la radiotelefonía y el football”, como de sus apreciaciones respecto de personajes históricos y expresiones de lenguaje ya que “abunda en supersticiones convencionales”. Selecciona hábilmente los ejemplos que sostienen esto último:

“...piensa que Rosas fue un caudillo de montoneras, un hombre a lo Ramírez o Artigas y ridículamente lo llama “centauro máximo”. (...) Proscribe –entiendo que con toda razón– la palabra *cachada* pero se resigna a *tomadura de pelo*, que no es visiblemente más lógica ni más encantadora. Ataca los idiotismos americanos porque los idiotismos españoles le gustan más. No quiere que digamos *de arriba*; quiere que digamos *de gorra*... Este examinador “del hecho lingüístico bonaerense” anota seriamente que los porteños llaman *acridio* a la langosta; este lector inexplicable de Carlos de la Púa y *Yacaré* nos revela que *taita*, en arrabalero, significa *padre*.”

Y genera el efecto irónico, ya sea por el contraste entre el comentario y el fragmento que lo ilustra, ya por la enumeración de la heterogeneidad de perspectivas que Castro adopta:

“En este libro, la forma no desdice del fondo. A veces el estilo es comercial: ‘Las bibliotecas de Méjico poseían libros de alta calidad’ (página 49); ‘La aduana seca... imponía precios fabulosos’ (página 52). Otras, la trivialidad continua del pensamiento no excluye el pintoresco dislate: ‘Surge entonces lo único posible, el tirano, condensación de la energía sin rumbo de la masa, que él no encauza, porque no es guía sino mole aplastante, ingente aparato ortopédico que mecánicamente, bestiamente, enredila el rebaño que se desmanda’ (páginas 71, 72). Otras, el investigador de Vacarezza intenta el *mot juste*: ‘Por los mismos motivos por los que se torpedea la maravillosa gramática de A. Alonso y P. Henríquez Ureña’ (página 31).”

La valoración, que conjuga el juicio estético con la crítica a las interpretaciones de los procesos históricos debida a su trivialidad o inadecuación, se sintetiza al decir que “A la errónea y mínima erudición, el doctor Castro añade el infatigable ejercicio de la zalamería, de la prosa rimada y del terrorismo”. Esto explica la ironía final, cuando sostiene que, a pesar de que “el doctor Castro” lo haya incluido en una lista de escritores cuyo estilo es correcto, “no me creo del todo incapacitado para hablar de estilística”. En un mismo movimiento desautoriza, entonces, con soberbia el valor del juicio del otro y el tipo de estilística por este practicada. La tajante descalificación de Borges se apoya, en primer lugar, en su seguro dominio de la escritura: es un escritor -no un profesional del lenguaje como Castro- y, por lo tanto, dotado de la autoridad que le confiere el reconocimiento de la experticia de su propia práctica. Por otro lado, interviene la convicción de que emplea la variedad socialmente prestigiosa frente a la desprestigiada habla de los españoles asociada en el imaginario nacional de la época, aunque no se señale explícitamente, con la inmigración.

¿Por qué “de estilística”, si en realidad está tratando cuestiones de léxico, fonética y sintaxis? Debemos recordar al respecto que la estilística incluía el estudio de las variedades lingüísticas con relación a su expresividad; pero al mismo tiempo, esa concepción, más claramente formulada por Charles Bally, descalificaba posiciones como las de Américo Castro, al negar que la estilística pudiera brindar una valoración de la lengua del momento, porque los intentos realizados “se fundan en las obras literarias, en la historia de la lengua y en las

decisiones de los gramáticos: eso significa hacer atravesar tres prismas deformantes la visión real del objeto a observar”.²³

Borges, que no ha completado estudios universitarios pero se siente seguro de su escritura, también cuestiona aquí la legitimidad del mundo académico para aprobar o descalificar una variedad lingüística. En un pasaje de las “Alarmas...” señala:

“No adolecemos de dialectos, aunque sí de institutos dialectológicos. Esas corporaciones viven de reprobar las sucesivas jerigonzas que inventan. Han improvisado el *gauchesco* a base de Hernández; el *cocoliche*, a base de un payaso que trabajó con los Podestá; el *vesre*, a base de los alumnos de cuarto grado. Poseen fonógrafos; mañana trascibirán la voz de *Catita*. En esos detritus se apoyan; esas riquezas les debemos y deberemos.”

Esta afirmación podría apuntar contra la institución universitaria y contra la Academia. Pero, además, reafirma, matizada, la línea que enunciaba en 1927: la de oponerse al purismo casticista (y, en el caso de Américo Castro, elitista hasta la médula) y reivindicar como norma literaria para la Argentina la variedad que hablan los sectores cultos de Buenos Aires; es decir, un español universal con connotaciones y acentos propios, básicamente porteños.

Observaciones finales

En esta polémica, Américo Castro expresa un polo de la discusión entre criollistas y casticistas que Borges ya da por superada argumentativamente, aunque aflore en los ejemplos que busca: no defiende ningún tipo de “criollismo” (si bien transcribe como ejemplo de “límpidas estrofas” el final del *Martín Fierro*) ni de construcción de una peculiaridad argentina. Por el contrario, da como natural la continuidad entre esa oralidad culta local y su escritura, aunque será, como lo hemos señalado, la oralidad culta de los argentinos de familias tradicionales y que, por eso mismo, tanto pueden participar de la cultura europea como constituir el núcleo social legitimador de la argentinidad ya que sus antecedentes se remontan a la constitución de la Argentina como nación. Las discusiones posteriores dentro del campo de la lingüística hispánica en su conjunto llevarán a adoptar como patrón en cada región la norma culta de los grandes núcleos urbanos, pero será la lengua adquirida en el sistema educativo y la que circula en los medios de comunicación. Por eso, Ángel Rosenblat²⁴ podrá referirse dos décadas después al criterio ya consagrado de “la unidad y pluralidad de normas del español de España y América”.

Criollismo y casticismo son expresiones del pasado. En esta segunda polémica afloran ocasionalmente, pero al servicio de otra discusión: según Borges, la norma nacional debía ser, como decíamos, la de la clase culta local, no un constructo con componentes del lenguaje *gauchesco*, el *cocoliche* o el *lunfardo*. Por eso tampoco defiende esas inclusiones, sino que ataca a Américo Castro por considerarlas expresión típica del lenguaje argentino. El cuestionamiento de la existencia de una norma argentina hecho por Américo Castro y Amado Alonso –defendiendo, por ejemplo, un uso lingüístico mucho más próximo a la variedad madrileña por parte de las clases cultas del interior del país– lo llevan tanto a una argumentación *ad hominem* (no puede hablar de la norma quien tan mal escribe) y a la descalificación de la literatura y el hablar españoles, como a la afirmación de una tradición argentina idiomático-literaria dotada de claridad y adecuación expresiva. Desde una posición que diseña una comunidad lingüística idealizada que desconoce el juego social de las variedades, Borges afirma el vínculo entre identidad nacional y lengua, y por eso prescribe que “el deber de cada uno es dar con su voz”, una voz que no deberá ser vulgar ni ajena.

Elvira N. de Arnoux y Roberto Bein

²³Bally, Charles: *Traité de stylistique française*. Ginebra-París: Klincksieck, 1951. La traducción nos pertenece, E.A. y R.B.

²⁴Rosenblat, Ángel: “El criterio de corrección lingüística. Unidad o pluralidad de normas en el español de España y América”. Bogotá, 1967, publicado por *Letras*, 29, Caracas, 1973.